

na de admiracion la contemplacion de una mómia egipcia: en ella se conserva todo tan bien, que hasta el cabello, que tan fácilmente desaparece, permanece fuertemente unido al cráneo, á pesar del tiempo que todo lo destruye.

Penetramos despues en el museo de Argelia, que contiene colecciones extensas de menedas, medallas y vasos; y luego subimos al primer piso, destinado á las pinturas y dibujos de toda especie: grabados, antigüedades griegas, romanas y egipcias, y los salones en que se ven los vasos, joyas, estatuas y bustos de los países ya mencionados: muchos de estos objetos se hallan casi todos destruidos, pero gusta uno el verlos aunque se encuentren en ese deplorable estado, porque en ellos se descubre el génio del hombre en sus primeras invenciones.

Mucho hay que admirar entre las pinturas, tanto de autores antiguos como modernos, de gran celebridad; y en el museo que tiene por nombre de los "Soberanos," véanse, entre otras cosas, los libros, espada, corona y ropa de San Luis rey de Francia; el sombrero, ropa, armas y la rica silla de montar del Gran Napoleon Bonaparte, y multitud de otros objetos históricos de los soberanos de la Francia; algunos de ellos están muy

deteriorados, pero no por eso excitan ménos el interés.

Penetramos en seguida en la galería de los cuadros, y tuvimos ocasion de admirar el salon de honor, que es cuadrado; posée las obras maestras más preciosas de los más insignes profesores de Italia, Francia y España: allí se encuentran la Virgen de Rafael, la hermosa jardinera, la reina Tomyris haciendo nadar en la sangre la cabeza de Syrus, por Rubens; y de la escuela francesa, el naufragio de Medusa, por Géricault, haciéndose notar la expresion del terror pintada en todos los semblantes.

En la galería de Apolo es notable la pintura, en que éste aparece vencedor de la serpiente.

Los demás salones están llenos de cuadros en los que siempre se encuentra algo que admirar.

La pintura es una de las artes que más delicia causa; para los que se dedican á ella las horas vuelan, y la imaginacion, enteramente absorta en la contemplacion del lienzo, que momentáneamente va adquiriendo tanta viveza, no puede ocuparse de otra cosa. La vida del pintor está concentrada en el lienzo que tiene delante. Se deleita y se llena completamente con su obra, quedando indiferente á todo lo que le rodea. Nosotras teniamos un placer especial en examinar atenta-

mente estas pinturas, y gozábamos al contemplar los progresos del arte y los diversos estilos en el pincel del artista, que tanto marcan las diferentes escuelas de los países, en sus hermosos cuadros.

Un día, el mismo en que visitamos el palacio y el jardín del Luxembourg, también visitamos su museo, el cual particularmente se halla destinado á las obras de los artistas contemporáneos: pintores, escultores, grabadores, litógrafos, etc. Se compone este museo de una serie bien numerosa de salones.

Entre las pinturas más notables que en él se encierran, llamaron nuestra atención particularmente, las siguientes: una apoteosis de Homero y el retrato de Chérubini, por Ingres. La decadencia de los romanos, por Couture; la Malaria, por Hébert; y el carruaje Nivernés, por la Srta Rosa Bonheur.

Lo que más llamó nuestra atención al recorrer los salones, fué un cuadro colosal, colocado en el centro de uno de los principales, representando el interior de la prisión de la Bastilla, en el momento en que unas víctimas eran arrastradas de aquel lugar al suplicio, mientras que otras penetraban en la prisión, de la que solo saldrían para recibir la muerte.... el mérito de aquella pintura es incuestionable; encontrábase inspirado el

pincel del artista cuando pudo dar á los semblantes esa expresión suprema del dolor y del abatimiento: se ven correr las lágrimas por aquellos rostros lívidos y demudados; el terror de la muerte está impreso en el semblante de los que conducen al suplicio, mientras la huella de la desesperación está pintada por todas partes: aquel lienzo respira la vida; tal es la animación de sus figuras, y la viveza conmovedora de sus grupos; parece increíble que la mano del artista hubiese transmitido á su obra tanto movimiento y tanta vida: es inmenso el mérito de este cuadro, y el nombre de su autor se ha hecho inmortal!..... Hay también en el museo del Luxembourg, muchos salones destinados á la escultura, donde brillan las estatuas más perfectas y los grupos más seductores: en estos salones se ostenta por doquier el mármol, y se encuentran también célebres bustos y magníficos grabados.

De los museos á los palacios hay un solo paso, y ya que nos hallamos tan cerca, justo es también los visitemos. Pero antes debemos hacer observar á nuestros lectores una costumbre que reina en los museos de París, y que les presta mayor interés y atractivo. En los salones de pintura, vemos durante los días de trabajo multitud de artistas de ambos sexos, que sentados frente á sus caba-

lletes, con el pincel en la mano, sacan las copias de los más bellos originales: véanse con frecuencia entre estos artistas, jóvenes bellas y llenas de atractivo; su trage es siempre sencillo; su peinado en extremo caprichoso; en sus ojos brilla el génio del arte, y sin ver lo que las rodea, absortas en su trabajo, se presentaban ante nosotras formando los cuadros más bellos é interesantes: ¡cuántas veces nuestro corazón palpitaba al leer en el semblante de aquellas jóvenes la inspiración del génio, el entusiasmo del arte!..... nos agradaba en extremo ver á los artistas, absortos en sus trabajos, y nos acercábamos á observar sus copias, contemplando por algunos instantes los rasgos que su pincel iba marcando en el lienzo.

Al ocuparnos de los palacios, comencemos por la residencia imperial ó el que sirve de morada al soberano. El palacio de las Tullerías, que construido bajo el reinado de Catalina de Médicis, según los planos de Filiberto Delorme, en diversas épocas ha sido aumentado, extendiéndose hoy desde el Sena hasta la calle de Rivoli. La fachada comprende 9 pabellones: de estos el más central es el del Relox, que dá sobre el jardín y en cuya torre flota la bandera francesa siempre que el soberano se encuentra en el palacio: el pabellón más próximo al Sena se llama de Flora, y el

más próximo á la calle de Rivoli nómbrese de Marsan. Luis XIV vivió en este palacio por algun tiempo. Luis XV y Luis XVI tambien permanecieron allí: Bonaparte trasladó á él la residencia del gobierno, y el presidente de la república se estableció allí en Octubre de 1851.

El jardín del palacio es obra de Le Notre, y no data por consiguiente, más allá de Luis XIV. Está adornado de hermosas estatuas de mármol por Coysevox, Lepautre y Guillermo Costou; y otras más modernas, de David, Angers, etc. Cuando penetramos en el palacio, verdaderamente tuvimos un momento de placer, porque no solo es célebre por su construcción y por las obras de arte que encierra, sino tambien por tantos acontecimientos notables que han pasado en él, y esto nos excitaba á visitarlo todo con gran interés, como el lector debe fácilmente comprender.

Antes de penetrar en las habitaciones imperiales, recorrimos una série de salones adornados todos con exquisita elegancia. Los muebles generalmente eran de brocatel, y cada sala los tenia diversos. Así, pues, una de ellas se hallaba adornado con muebles de brocatel amarillo, otra de carmesí, una tercera de verde, etc. En algunas las paredes estaban tapizadas por el rico y doble

brocatel, formando juego con el color de los muebles.

Después de pasar muchos salones llegamos al del Trono, que llamó nuestra atención por su tamaño y decoración, notándose gran lujo, suntuosidad y riqueza. Allí se veía en esa época, un retrato del emperador Napoleon III de cuerpo entero y muy exacto; pasamos en seguida á otro salon que se distinguía de los demás igualmente, por su extension y mayor elegancia; las paredes se hallaban cubiertas de pinturas, que representaban de cuerpo entero y en su tamaño natural, á todos los soberanos mas célebres; por lo cual se le llama el salon de los soberanos.

Después vimos los salones en que tenían lugar los famosos bailes de la Corte, los cuales son espaciosos y penden del techo multitud de hermosos candiles. En todos ellos se encuentra por lo regular algunos objetos de interés ú obras de arte; ya nos deteniamos contemplando unos jarrones de alabastro de tamaño colosal y perfectamente trabajados; ya en algunas mesas de mosaico finísimo, ó ante algunas pinturas en las que la mano del artista, habia hecho lucir su pincel; y ya finalmente en las esculturas de blanco mármol, que tanto contribuian á su adorno y suntuosidad.

No puede dejarse de hacer mension del teatro en que tienen lugar las fiestas y diversiones de la corte, y en el cual han lucido ya su habilidad grandes notabilidades, y héchose admirar por los mismos soberanos. Este teatro es precioso y es una de las cosas que más llama la atención en el palacio. Tiene forma buena, y se encuentra tan bien compartido, y adornado con tanto gusto, que su vista sorprende agradablemente y causa buena impresion.

En las habitaciones imperiales, se ven bien armonizadas la comodidad y la sencillez con adornos apropiados que las hacen muy agradables. La capilla de Tullerias fué otra de las cosas que vimos con mucho gusto: se encuentra aislada y tiene una bonita forma. Su interior está adornado con un gusto exquisito; todo es en ella esmero, limpieza y seriedad; el piso y las paredes son de mármol blanco, las vidrieras tienen hermosas pinturas, y el altar mayor se destaca imponente y magestuoso. A un lado se encuentra la tribuna de la familia imperial, adornada igualmente con muchísima sencillez. El hermoso y gran Crucifijo que se halla colocado en el centro del altar mayor, es una obra maestra de escultura. En el rostro divino del autor de la vida, se descubre una expresion del más acerbo sufrimien-

to, unido á una resignacion admirable. ¡Ay! Al contemplar ese semblante bellissimo tan desfigurado, el alma se oprime, ¡es nuestro Redentor el que espira por nosotros, justo es que su muerte sea un dardo que penetre continuamente con la más viva fuerza nuestro corazon! Este pensamiento hiere el alma de un buen cristiano, y entonces la imaginacion se pierde en tan altos misterios.

¡Sublimes ideas del catolicismo, de que se ven privadas tantas naciones, y tantos hombres desgraciados!

Terminada nuestra visita, volvimos á recorrer el palacio, por si algo de notable se hubiera escapado á nuestro exámen, y nos separamos de él, llevando un recuerdo agradable que no se extinguirá jamás.

CAPITULO XXIX.

El Palacio Real.—Palacio del Cuerpo Legislativo.—Hotel de Ville.—Palacio de Justicia.—Palacio del Instituto.—Palacio de Bellas Artes.—Palacio de la Legion de Honor.—La Bolsa.—El Cuartel de Inválidos.—El sepulcro de Napoleon el Grande: impresiones que produce la vista de este monumento.

No es fácil hacer comprender en pocas líneas, las sensaciones de admiracion y de placer que experimenta el viajero en las excursiones que emprende para verlo y conocerlo todo; la vida se desliza en medio de goces, que quisiera uno ver prolongados indefinidamente: nunca teniamos en cuenta el cansancio y la fatiga; el límite de nuestros paseos era la luz que nos faltaba, cuando habiamos empleado en ellos todas las horas del dia.

Lo que veiamos nos servia de incentivo para seguir disfrutando de lo que no habiamos visto. En recorrer el palacio de las Tullerías habiamos empleado mucho tiempo; sin embargo, de allí nos